

Pentecostés

DISPONTE

Haz silencio interior y olvídate de todo lo que te preocupa. Prepárate exterior e interiormente para escuchar a Dios en la lectura. Pídele al Señor que se haga presente proclamando en voz alta la oración: **Señor, me pongo en tus manos y me dispongo a escuchar tu Palabra. Envíame tu Espíritu Santo que me ilumine en esta lectura espiritual para que me haga descubrir lo que me quieres decir con este texto bíblico y pueda encontrar tu voluntad y vivirla con alegría. Amén.**

LEE

Con pausa, lee el evangelio varias veces, hasta que empieces a entenderlo. Dale tiempo al texto:

[Jn 14,15-16. 23b-26](#)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: ¹⁵«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. ¹⁶Y yo le pediré al Padre que os dé otro Paráclito, que esté siempre con vosotros. ²³El que me ama guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él. ²⁴El que no me ama no guarda mis palabras. Y la palabra que estáis oyendo no es mía, sino del Padre que me envió. ²⁵Os he hablado de esto ahora que estoy a vuestro lado, ²⁶pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho».

ESCUCHA – CONTEMPLA

Trata de identificar lo que el Señor quiere decirte. ¿Qué te llama la atención y por qué?

Con Pentecostés se concluye el tiempo de Pascua, que había sido preparado por la Cuaresma. Celebramos Pentecostés a los cincuenta días de la Pascua de Resurrección, siendo el colofón de esta fiesta. El don de Pentecostés, el Espíritu Santo, es el don del Señor resucitado. El Hijo es quien pide al Padre que realice su promesa de enviar el Espíritu Santo sobre los que creen en él, colmando así el vacío creado en sus discípulos por no estar ya visiblemente entre ellos. Recibiendo en su espíritu el Espíritu Santo de Dios, los discípulos se capacitan interiormente, desde su comprensión y su voluntad, desde su más profunda convicción, para adherirse a la palabra y a la persona de Jesús y poder así seguir sus huellas.

El momento en que Jesús promete a sus discípulos otro Consolador, es decir, el Espíritu Santo, es el momento de la despedida. Los discípulos aprecian la presencia de Jesús y se fían de su palabra y sus consignas. La idea de que pronto les va a dejar, les entristece y desalienta. La tristeza por la partida de Jesús muestra la estima y el amor que ellos le tienen. En esta situación, Jesús les recuerda que, ciertamente, él no estará ya visiblemente presente entre ellos y que no podrán ya tocarlo directamente. Pero les recuerda también que con ellos permanecen sus mandamientos y sus palabras, y les promete el Espíritu Santo como nuevo Consolador, es decir, como el que les anima y ofrece comprensión y orientación.

Jesús muestra a los discípulos cómo pueden testimoniar en el futuro su amor hacia él: **«Si me amáis, guardaréis mis mandamientos»** (14,15) **«El que me ama, guardará mi palabra»** (14,23). Precisamente como discípulos de Jesús, que le han acompañado y escuchado día tras día, ellos conocen sus mandamientos y sus palabras. Estos conservan su validez. Adhiriéndose a ellos, los discípulos permanecen unidos al mismo Jesús y prueban personalmente su estima, su fe y su amor hacia él. Adherirse a la palabra de Jesús significa, por lo tanto, creer que su mensaje es verdadero y válido, creer ante todo que **«Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios»** (Jn 20,31). Quien se adhiere de esta manera a la palabra de Jesús tiene, por la fe, al Padre y al Hijo en su corazón y está unido a ellos interiormente y del modo más profundo y vital. Jesús le promete expresamente: **«Mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada en él»** (14,23).

Los discípulos saben cuál es el comportamiento que para Jesús ocupa el lugar central. Si ellos se aman entre sí con la disponibilidad al servicio, con la entrega y el afecto que han aprendido de su maestro, entonces se atienen a su ejemplo, permanecen vinculados a él con su manera de actuar y le demuestran así su amor. Si amamos, si queremos aprender a amar únicamente en la escuela de Cristo, guardando sus palabras, se nos dará una nueva condición de existencia: el Espíritu de Dios vivirá en nosotros como en Jesús, haciéndonos en él hijos de Dios, liberados de la esclavitud del pecado y, por tanto, libres de elegir el seguimiento de Cristo como camino de vida.

HABLA CON DIOS (REZA)

Vuelve a leer el texto e imagínate todo como si presente te hallaras. ¿Qué papel juegas tú en la escena? Agradece, contempla, adora a Jesús.

Como maestro interior, el Espíritu Santo enseña al corazón la oración filial, el abandono confiado del niño que se sabe amado y llevado por su padre. Como artista divino, transfigura el rostro interior de cada uno como imagen irrepetible del Hijo unigénito. Como testigo veraz, nos hará comprender y recordar los secretos del Reino de los Cielos.

Nuestra vida puede ser transformada por este viento, por este fuego celeste que baja y planta su tienda en el corazón; entonces la vida se entregará a Dios, la perderemos nosotros para que se reencuentre en Dios y en los hermanos, porque es hacia Dios hacia quien nos impulsa el Espíritu de manera inexorable.

Padrenuestro, avemaría, gloria.

Lecturas del Domingo de Pentecostés

Hch 2,1-11

Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse. Residían entonces en Jerusalén judíos devotos venidos de todos los pueblos que hay bajo el cielo. Al oírse este ruido, acudió la multitud y quedaron desconcertados, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Estaban todos estupefactos y admirados, diciendo: «¿No son galileos todos esos que están hablando? Entonces, ¿cómo es que cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestra lengua nativa? Entre nosotros hay partos, medos, elamitas y habitantes de Mesopotamia, de Judea y Capadocia, del Ponto y Asia, de Frigia y Panfilia, de Egipto y de la zona de Libia que limita con Cirene; hay ciudadanos romanos forasteros, tanto judíos como prosélitos; también hay cretenses y árabes; y cada uno los oímos hablar de las grandezas de Dios en nuestra propia lengua».

Salmo 103 Envía tu Espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra. **R**

Bendice, alma mía, al Señor: ¡Dios mío, qué grande eres! Cuántas son tus obras, Señor; la tierra está llena de tus criaturas. **R**

Les retiras el aliento, y expiran y vuelven a ser polvo; envías tu espíritu, y los creas, y repueblas la faz de la tierra. **R**

Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras; que le sea agradable mi poema, y yo me alegraré con el Señor. **R**

Rm 8,8-17

Hermanos: Los que están en la carne no pueden agradar a Dios. Pero vosotros no estáis en la carne, sino en el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios habita en vosotros; en cambio, si alguien no posee el Espíritu de Cristo no es de Cristo. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justicia. Y si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús también dará vida a vuestros cuerpos mortales, por el mismo Espíritu que habita en vosotros. Así pues, hermanos, somos deudores, pero no de la carne para vivir según la carne. Pues si vivís según la carne, moriréis; pero si con el Espíritu dais muerte a las obras del cuerpo, viviréis. Cuantos se dejan llevar por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud, para recaer en el temor, sino que habéis recibido un Espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: «¡Abba, Padre!» Ese mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios; y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo; de modo que, si sufrimos con él, seremos también glorificados con él.

LECTURA ESPIRITUAL H.J.M. NOUWEN

Jesús nos envía al Espíritu para que pueda llevarnos a conocer del todo la verdad sobre la vida divina. La verdad no es una idea, un concepto o una doctrina, sino una relación. Ser guiados hacia la verdad significa ser insertados en la misma relación que tiene Jesús con el Padre; significa llegar a ser partner en un noviazgo divino. Ésa es la razón por la que Pentecostés es el complemento de la misión de Jesús. Con Pentecostés, el ministerio de Jesús se hace visible en plenitud. Cuando el Espíritu Santo desciende sobre los discípulos y habita en ellos, su vida queda «cristificada», esto es, transformada en una vida marcada por el mismo amor que existe entre el Padre y el Hijo. La vida espiritual, en efecto, es una vida en la que somos elevados a ser partícipes de la vida divina.

Ser elevados a la participación de la vida divina del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo no significa, sin embargo, ser echados fuera del mundo. Al contrario, los que entran a formar parte de la vida espiritual son precisamente los que son enviados al mundo para continuar y llevar a término la obra iniciada por Jesús. La vida espiritual no nos aleja del mundo, sino que nos inserta de manera más profunda en su realidad. Jesús dice a su Padre: «Yo los he enviado al mundo, como tú me enviaste a mí» (Jn 17,18). Con ello nos aclara que, precisamente porque sus discípulos no pertenecen ya al mundo, pueden vivir en el mundo como lo ha hecho él (cf. Jn 17,15s). La vida en el Espíritu de Jesús es, pues, una vida en la cual la venida de Jesús al mundo -es decir, su encarnación, muerte y resurrección- es compartida externamente por los que han entrado en la misma relación de obediencia al Padre que marcó la vida personal de Jesús. Si nos hemos convertido en hijos e hijas como Jesús era Hijo, nuestra vida se convierte en prosecución de la misión de Jesús.